Trabajo presentado en el coloquio psicoanalítico "Los laberintos de la pulsión", organizado por el grupo de estudios psicoanalíticos "Maission Freud-Lacan".

Pulsión, virginidad y el laberinto materno.

Ricárdez, Juan José.

Cita:

Ricárdez, Juan José (2016). *Pulsión, virginidad y el laberinto materno*. Trabajo presentado en el coloquio psicoanalítico "Los laberintos de la pulsión", organizado por el grupo de estudios psicoanalíticos "Maission Freud-Lacan".

Dirección estable: https://www.aacademica.org/juan.jose.ricardez.lopez/5

ARK: https://n2t.net/ark:/13683/pnde/rMs

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto*. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: https://www.aacademica.org*.

Pulsión, virginidad y el laberinto materno

Juan José Ricárdez López[1]

Octubre, 2016.

Oaxaca, Oaxaca.

[1] Trabajo presentado el 22 de octubre de 2016 en el Coloquio psicoanalítico *Los laberintos de la pulsión*, organizado por el Grupo de estudios psicoanalíticos Maission Freud-Lacan.

“Las mujeres en la iglesia no deben mirar más hombre que al oficiante y ése porque tiene faldas.”

García Lorca en voz de Bernarda Alba.

La casa de Bernarda Alba.

En el trabajo que actualmente desempeño, en una comunidad de la Sierra Sur de Oaxaca, he tenido la gran oportunidad de convivir cercanamente con jóvenes en edad adolescente, (lo que ahora se denomina adolescencia temprana), y esta cercanía me ha permitido re-dimensionar algunos aspectos de esta etapa de la vida (digo redimensionar porque parto del supuesto de que soy un adulto que ha dejado la adolescencia atrás).

Uno de los aspectos más interesantes, visto desde la óptica actual, resulta el del cuidado permanente que la madre, principalmente, tiene frente al tema de la virginidad de la joven adolescente. Junto con la evidencia de los cambios físicos aparece en la mamá una preocupación más bien urgente que imagino a la manera de: “hay que hacer algo antes de que mi hija se dé cuenta de que tiene un cuerpo dispuesto a gozar la sexualidad”. Cuando la preocupación aparece hay que pedir auxilio de quien se pueda: el psicólogo, los maestros, el cura, etc., (definitivamente no se recurre al padre).

Así, la mamá recurre a otros que le expliquen a la joven que el deseo sexual debe ser ignorado, y que los intentos seductores de los varones son una especie de trampa de la que una mujer nunca sale bien librada: la madre busca cómplices dispuestos a desear, igual que ella, la represión del deseo de la joven adolescente. Pero el argumento tampoco es franco: la madre nunca arguye ataques al placer sexual de la hija; sus objeciones están más bien enfocadas en la preocupación por un posible embarazo, y con ello la destrucción de un futuro promisorio; también le preocupa a esta madre el corazón de la joven: no quiere que sea lastimada por un truhan que sólo busque diversión.

Santiago Ramírez (1977) ya había hablado de cómo la familia de la joven embarazada, al enojarse con ella, realmente no juzga la maternidad prematura, sino la capacidad de placer sexual de la chica; por eso, en muchos casos, sólo hasta que el nacimiento del bebé se da es que la familia perdona a la joven; es como si la maternidad borrara o atenuara la faceta sexual de la mujer; y esto sin duda tiene que ver con el último de los tres estadios culturales de la pulsión, en relación con la función reproductiva, que Freud (2011a [1908], p. 132) propone; a saber: 1) al quehacer de la pulsión sexual le son por completo ajenas las metas de la reproducción; 2) de la pulsión sexual es sofocado todo salvo lo que sirve a la reproducción; y 3) sólo se admite como meta sexual la reproducción legítima.

Es así pues que la madre desea impedir el placer sexual de la hija, pero la fuerza de este empeño no implica su conciencia. De ahí que la madre le hablará a la hija del devastador futuro que le espera si goza sexualmente y se embaraza, y aunque su advertencia puede tener razón, lo cierto es que es injusta porque sólo muestra un lado de la realidad. Haría bien la madre en practicar lo que propuso Dolto (1991) para los casos en que la invitaban a hablar de sexualidad a jóvenes: si había que hablarles de los perjuicios del ejercicio sexual, también había que hablarles de sus beneficios.

Pero lo cierto es que el asunto de la virginidad de la mujer es áspero, y alrededor de él se juega tanto que es difícil saber cómo aproximarse; o dicho en términos más mexicanos: es difícil saber cómo *entrarle*.

Freud (2011b [1910-1912]) se centró en este asunto en su trabajo *El tabú de la virginidad*. A través de un recuento antropológico, Freud advierte la importancia que desde épocas primitivas tiene la virginidad o doncellez de la mujer –doncellez que en caso de no existir al momento del matrimonio, deberá ser simulada–; y tiene la grandeza de entender este fenómeno, el de la importancia atribuida a la virginidad, como coadyuvante en el derecho de propiedad que recae sobre la mujer en el matrimonio: "es la esencia de la monogamia: la extensión de ese monopolio hacia el pasado" (Freud, 2011b [1910-1912], p. 191).

En el recuento antropológico del que hablamos, Freud (2011b [1910-1912]) cuenta cómo las culturas primitivas tienen alternativas para cuando el desfloramiento de la mujer no es llevado a cabo por el esposo. Comenta, por ejemplo, que en ciertas tribus australianas, el himen de las mujeres es perforado artificialmente por hombres que después copulan con ellas, mientras que entre los sakai de Malasia la primera relación sexual de la mujer es realizada con su padre. En este punto reflexiono si la tendencia actual de la madre-protectora de la virginidad de la hija, no estará en consonancia con el modo que en que las tribus primitivas procedían: recurrir a alguien, un personaje respetado –el psicólogo, el maestro, el cura– para que explore la virginidad de su hija; sólo que esta vez a nivel simbólico y no práctico, garantizando entonces que la joven esté preparada para la vida sexual.

Pero más allá del cuidado y las precauciones, lo cierto es que la primera experiencia sexual encarna en sí misma algo de terror. Freud (2011b [1910-1912]) incluye en su análisis un factor de gran importancia: el horror a la sangre. Si se toma en cuenta que en un gran número de casos la primera relación sexual de la mujer involucra la aparición de sangre, entonces no es difícil imaginar el malestar que esta experiencia acarrea a ambos participantes: por un lado la mujer con la sensación –más allá del dolor físico– de que algo en ella se rompió permanentemente; por el otro el varón, que ante la aparición de sangre tras un placer sexual, revive ansiedades de castración, sobre todo ante la presencia de un pene reducido en tamaño tras la eyaculación y bañado en sangre: ¿fue cortado el pene y esa sangre es mía?, puede ser la pregunta del varón si esta opción cabe.

La primera relación sexual entonces no sólo angustia a la joven virgen, sino también al joven novio cuando tiene la misma edad, quien aún se siente más seguro en compañía de sus amigos, en actividades de "hombres", y al resguardo de la pornografía que no implica riesgos para su pene.

Pero volvamos a la mujer. De estas ideas de Freud –en íntima relación con el tema de la castración–, proceden conclusiones interesantes para comprender la percepción que se construye sobre la mujer y el macho en México.

El gran Octavio Paz (2002, p. 33), escribió, refiriéndose al término “rajarse”, tal como se le concibe en México, que: “Para nosotros, contrariamente a lo que ocurre con otros pueblos, abrirse es una debilidad o una traición. El mexicano puede doblarse, humillarse, ´agacharse´, pero no ´rajarse´, esto es, permitir que el mundo exterior penetre su intimidad”; y más adelante, refiriéndose a la concepción de la mujer en relación con el término “rajarse” dice: “Las mujeres son seres inferiores porque, al entregarse, se abren. Su inferioridad es constitucional y radica en su sexo, en su ´rajada´, herida que jamás cicatriza”.

La vulnerabilidad que implican las aberturas del cuerpo humano es evitada a toda costa por varones y mujeres; y aunque aparentemente es el varón quien tiene cierta ventaja, ya que ahí donde la mujer es penetrable, herible, chingable, el hombre encumbra un arma que penetra, hiere y chinga, lo cierto es que el varón también tiene orificios, y también se protege de la penetración de otros varones. Es decir, hombres y mujeres, en este aspecto, tenemos la misma preocupación. El albur da cuenta de ello: los varones llevan a cabo un intercambio veloz e ingenioso de palabras o frases, contienda en la que pierde el que no es capaz de responder. Pero el dolor de la derrota no radica en la incapacidad para la respuesta, sino en que quien pierde es penetrado por el pene de otro hombre, es abierto y chingado.

Pero Paz (2002) no está hablando de sexualidad –para que ningún partidario de la teoría de genero se moleste–, sino de identidad, porque el mexicano es cerrado y hostil a lo extranjero; es suspicaz y no quiere rajarse. El extremo total de esta cerrazón es el macho, estoico e irrespetuoso de la intimidad del otro, el macho que se niega rotundamente a abrirse.

La mamá que cuida la virginidad de su hija no se limita cuando le advierte que allá afuera nadie verá por ella ni la querrá como sí la quieren en su casa, como la quiere su madre. Esta madre le dirá a la joven que allá afuera la gente hace daño y sólo busca aprovecharse. Pero este mensaje no va sólo para la hija, sino para la familia en general: que no entren extraños a la casa (que no entren penes en la vagina).

Cuando Freud (2011a [1908]) aborda el tema de la abstinencia sexual como meta cultural, propone que frente a esta situación, un destino de la pulsión sexual puede ser la expresión artística a través de la sublimación cuando se trata de jóvenes –éste es el caso de una de las adolescentes de la comunidad que he aludido, cuyas aptitudes e intereses por la danza, la música, el teatro y la literatura son destacados–, mientras que el otro camino es la masturbación intensa, llegando incluso el sujeto a ponderar la práctica onanista frente al coito. A propósito de la limitación sexual de las personas, escribe:

> Al limitarse el quehacer sexual de un pueblo sobreviene, en términos generales, un aumento del temor ante la vida y de la angustia ante la muerte que perturba la capacidad de goce de los individuos y cancela su disposición a aceptar la muerte en aras de ciertas metas. (Freud, 2011a [1908], pp. 144-145)

En fin que la prohibición sexual que acusa la mujer es, aún hoy, una constante. Lo que ha llamado mi atención en la comunidad a que me he referido es el hecho de que, en apariencia, mientras las madres están preocupadas por la conservación de la virginidad de su hija, los jóvenes varones están mucho menos interesados en los intercambios sexuales de lo que estas mamás suponen (aclaro que la preocupación expresa de la mamá es la de la relación sexual de su hija con compañeros de la escuela, y por eso les prohíben ir a tardeadas, exhibiciones de películas, viajes escolares, etc.; pero sí las dejan asistir a bailes nocturnos cuando la fiesta es de todo el pueblo, y además les permiten bailar con jóvenes mayores o incluso señores, quizá por confiar mayormente en la seriedad atribuida a la adultez; no obstante que estos varones mayores seguramente sí están más interesados en tener relaciones sexuales). Los jóvenes escolares sí cortejan, pero me parece prácticamente nulo su interés por la relación sexual.

¿De qué protegen a sus hijas entonces estas mamás; de quién, incluso sin saberlo?, y aquí planteo dos respuestas tentativas siguiendo a Freud (2011c, 2011d) para concluir con un breve comentario sobre una joven paciente en la que las consecuencias psicológicas de la prohibición sexual por parte de la madre resultan ilustrativas.

En primer término la madre protege a su hija del menosprecio que muchos varones suelen mostrar por la mujer una vez que han obtenido a través de ella una satisfacción sexual (de hecho este argumento es bastante común). Freud (2011c) entiende que este menosprecio se debe a la sobreestimación sexual inicial del objeto presente en el varón; sobreestimación que no ocurre en la mujer, por lo cual en ella “se nota apenas una necesidad de degradar el objeto sexual” (Freud, 2011c, p. 185).

Por otro lado, la madre podría estar realizando una doble protección: por un lado, protege a su hija de la estimulación sexual que ya durante la lactancia ella misma promovió sin saberlo (Freud, 2011d) y que ahora puede provenir de un chico; y por otro lado, y ante la presencia de una joven con organización sexual adulta –es decir, organizada en torno a la primacía genital–, la madre puede estarse protegiendo a sí misma de seducciones fantaseadas y reales por parte de la hija.

Las consecuencias psicológicas que ahora comentaré son recogidas del trabajo con una paciente de veintiún años en la ciudad de Oaxaca. En este caso, la estrategia de la madre para la prohibición de la experiencia sexual de su hija fue la de tratarla y hablarle permanentemente como a una niña. A la joven que llamaremos Edith, además, su madre le prohibía que usara ropa ajustada, lo cual Edith atribuía a que a su madre no le gustaba que se le notara el cuerpo de mujer.

La joven tuvo un embarazo y legrado, así como intento de suicidio y prácticas de *cutting* que en conjunto entendimos como recursos para experimentar su cuerpo como suyo. La explícita oposición de la madre a las vivencias sexuales –que además se intensificó después del legrado– así como la negativa a pensar a Edith

como una persona independiente de ella (la madre hizo comentarios en la entrevista del tipo “cuando a ella le duele algo a mí me duele también”, o “yo puedo sentir su dolor”), resultaron en desesperados intentos de la joven por obtener sensaciones más allá de la dimensión materna, intentos que la pusieron en riesgo.

Palabras finales

El asunto de la virginidad de la joven adolescente sin duda conlleva preocupación –cuando no miedo– tanto en ella como en la pareja y la familia. La madre recurre a todo aquello que impida que la primera relación sexual de su hija se dé. La madre hace bien en proteger a su hija de futuras desventuras, pero sin duda completará su labor protectora si es conciente de que la primera relación sexual es un paso adelante en el conocimiento del mundo que su joven hija lleva a cabo.

Tampoco se trata de promover la primera relación sexual, se trata más bien de respetar el ritmo que cada joven determine para los pasos importantes de su vida. También hará bien la madre en recordar que la vida sexual de los hijos siempre exige una importante dosis de misterio; secrecía valiosa que permite a los jóvenes la reflexión de los actos y las ideas.

En el asunto de la virginidad confluyen los aspectos biológicos, psicológicos y culturales de la vida. El encuentro no es sencillo pero cada persona –en este caso cada mujer adolescente– encuentra el modo de organizar los estímulos.

La madre aparece entonces como un laberinto a través del cual la pulsión que desborda a la adolescente tiene que encontrar el modo de contactar con el mundo. La relación entre la chica y su madre es particularmente compleja, ya que ésta hace las veces de estimuladora (durante la lactancia), interruptora y rival (durante el Edipo), y enemiga cuando no destructora (durante el tiempo que rodea a la primera relación sexual) de la pulsión que habita a su hija. En la experiencia en esta comunidad me ha llamado la atención este último papel de la madre.

El cuidado de la virginidad de la adolescente es algo que aun hoy, con todo y el permanente discurso de tolerancia, promovemos todos de algún modo. Quizá poco a poco nos demos cuenta de que protegemos a la joven de una experiencia que, de ser vivida con amor y libertad, le acarreará crecimiento y felicidad. Dejemos pues de protegerla, o de proteger nuestros prejuicios a través de ella, acompañémosla hasta donde permita. No nos cerremos, no seamos temerosos y confiemos en la joven; no seamos pues esos machos –hombres o mujeres– que tanto daño hacen a tantos: no penetremos violentamente en la intimidad de nuestras jóvenes; dejemos de estarlas chingando.

Referencias

Dolto, F. (1991). *La causa de los niños*. México: Paidós.

Freud, S. (2011a [1908]). La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna. En Filosofía Hoy *Freud, ensayos sobre sexualidad* (pp. 125-145). Madrid: Globus.

–. (2011b [1910-1912]). El tabú de la virginidad. En Filosofía Hoy *Freud, ensayos sobre sexualidad* (pp. 191-207). Madrid: Globus.

–. (2011c). Sobre una degradación general de la vida erótica. En Filosofía Hoy *Freud, ensayos sobre sexualidad* (pp. 177-189). Madrid: Globus.

–. (2011d). Las metamorfosis de la pubertad. En Filosofía Hoy *Freud, ensayos sobre sexualidad* (pp. 89-124). Madrid: Globus.

Ramírez, S. (1977). *El mexicano, psicología de sus motivaciones*. México: Grijalbo.

Paz, O. (2002). El laberinto de la soledad. En *El laberinto de la soledad. Postdata. Vuelta al laberinto de la soledad* (pp. 11-231). México: Fondo de Cultura Económica.